

ABILIO ESTÉVEZ  
EL HORIZONTE Y OTROS REGRESOS

TUSQUETS  
EDITORES

# Índice

Regreso a Citea .....	11
El camino de Damasco .....	43
Tosca .....	63
Tres leyendas autobiográficas .....	85
Fraternidad .....	107
El buque fantasma .....	127
Enviado del otro mundo .....	147
Silencio y fuga .....	159
El horizonte .....	181

*Quelle est cette île triste et noire?*

Baudelaire, *Un voyage a Cythère*

1

Se llama Leopoldo pero le dicen Poldo. Viste de negro —aun en verano—, y de modo tan impecable que sus compañeros se burlan diciendo que en lugar de un simple economista en una fábrica de vinagre, parece el dueño de una funeraria de lujo (de los tiempos en que había funerarias de lujo). En marzo, dentro de dos meses, cumplirá cuarenta y siete años, aunque hay quien le calcula más de cincuenta, y no sólo por el aire anacrónico, porque hable poco y casi nunca se ría, sino también porque en los últimos tiempos se ha dejado engordar, se le ha caído el pelo y tiene alrededor de los ojos unas arrugas que dan tristeza a su mirada.

Se levanta a las seis de la mañana. Despierta solo, sin necesidad de reloj. María Luisa duerme un poco más, unos minutos, mientras él cuele el café y tuesta pan viejo en una vieja sartén. El despertar de María Luisa es la taza de café que Poldo le lleva a la cama. Después ella se encarga del desayuno. Él se afeita, se pone un poco de alcohol como *after-shave*, alcohol con bicarbonato como desodorante, una pizca de *cold-cream* para el poco pelo que le queda. Y el impecable traje negro, los zapatos ortopédicos.

Durante el desayuno, es María Luisa la que habla, con voz débil, con voz que parece se va a apagar en

cualquier momento, deteniendo las frases en instantes que uno no entiende, y es que le falta el aire, que constantemente debe aspirar, que María Luisa es asmática. Y no hay más que verla con esa delgadez de pecho hundido, los hombros arqueados y la lividez permanente de la cara todavía hermosa a pesar de todo. Poldo sonríe y asiente: no la oye. Bebe el café con leche tan lentamente como es capaz, mirando a su mujer sin mirarla, asintiendo y diciendo alguna frase cortés. Cuando terminan de desayunar y la mujer se dispone a llamar a Lina, la hija de ambos, para vestirla y llevarla al colegio, Poldo se mira otra vez al espejo, acomoda lo mejor que puede el pelo engrasado, y pasa por sus cejas el índice mojado en saliva. Besa a la mujer en la frente, Que tengas un buen día, mi amor. Lo besa ella y va a decir algo, a lo que él no da tiempo.

Son las siete de la mañana, minutos más, minutos menos, cuando Poldo sale de la casa.

*También me levantaba temprano en Citerea. No sé si me despertaban los gorriones en la mata de mango, o el olor del café que la vieja Guillermina colaba en la cocina. Yo saltaba al patio por la ventana de mi cuarto, para escapar, para que no me vieran. A esa hora Citerea estaba siempre húmeda, brillante, y más verde, con un verde que luego, poco a poco, parecía blanquearse, esmerilarse, cada hoja semeando un espejo. A esa hora yo no iba en busca de nada, ni flores, ni duendes, frutas o tesoros, y llamaba al hada Melusina no por llamarla: me interesaba escuchar mi voz. Yo salía a la finca como si sólo importaran mi cuerpo y el cuerpo de Citerea, el aire húmedo del amanecer, los olores de la tierra, el propio olor de mi cuerpo, que se mezclaba con el olor de la tierra.*

Las calles comienzan a despertar. Como es invierno (aunque no haga frío), las ancianas que hacen cola en las bodegas sin abrir llevan chaquetas, estolas raídas, viejos pañuelos de seda. Poldo sube por la calle estrecha y sucia, llena de fango, que entre la lluvia de anoche y la fosa rota... Y la calle se va ampliando hasta que, pasando la estación, es una avenida de palmas que conserva, no se sabe por qué milagro, el antiguo esplendor. Grandes mansiones, jardines, parques con pérgolas, verdosas estatuas de Dianas y Poseidones. La nueva elegancia del barrio, piensa Poldo, no tiene que ver con la antigua; el tiempo, la historia o lo que sea, apagó el esplendor de la opulencia, pero no pudo apagar el esplendor de la dignidad, de la grandeza que se niega a dejarse vencer.

Atraviesa el parque. Cada mañana se le acerca un negro harapiento que huele mal, y le pregunta con voz que sorprende por la belleza Señor, por favor, ¿podría decirme la razón de...? Y no termina la pregunta. Nunca termina la pregunta. Se aleja con cartones bajo el brazo, diciendo que no con la cabeza. Y también Poldo niega, sonrío, No sé, mi viejo, yo tampoco sé, y continúa por entre las platabandas sin cuidar. El negro harapiento queda frente a un busto de José María Heredia, mirando al poeta con expresión decepcionada, como si le doliera no haber podido terminar la pregunta.

Eso ocurre todos los días: hoy no. Hoy no aparece el negro harapiento, y Poldo lo busca con la mirada. El parque está vacío, o no está vacío, que acaso en algún banco hay un joven con una guayabera azul, cosa que en realidad extraña porque ¿cómo va a vestir alguien una guayabera en invierno? Y llega Poldo a la otra calle, donde antes estaba la escuela privada de Emilita Azcárate, en cuyo jardín crece un abundante rosal de donde roba la rosa que pone en el búcaro verde de la oficina. Y pasa por la casa abandonada, o que parece abando-

nada, que según dicen viven en ella un par de hermanos mellizos que nadie ha visto; y más allá, la casa de Carmela, de jardín tan frondoso como el patio. Y por fin, en la esquina, la vinagrera, el antiguo caserón maloliente, con un jardín donde no crece ni la yerba, que no cabe duda de que es fuerte el espíritu del vinagre.

*Tengo ahí mismo, delante de mí, las letras adornadas de la gran verja: CITEREA, y una fecha: 1888. Citerea, la finca del Tío Fico y la Tía Nelia, del hada Melusina. La finca de Luis. No llegaba a la caballería de tierra, pero las guayabas, los plátanos, los mangos eran los más dulces de la isla, y las flores parecían más grandes, de colores más intensos, y había tesoros ocultos que yo buscaba de acuerdo con mapas encontrados en botellas de cerveza. Altos molinos. Bancos de cemento con dibujos de estuco. Santos toscamente modelados en yeso, hieráticos sobre sus peanas, para complacer el fanatismo de mi tía y provocar las carcajadas ateas de mi tío. En el centro de aquel pedazo de tierra que llamábamos pretenciosamente Finca Citerea, la gran casa de madera, blanca y roja, con techo de tejas a dos aguas, portalón lleno de sillones, la fuente del jardín siempre seca. Me veo corriendo por Citerea, tratando de no perderme en ella, como si yo no la conociera mejor que nadie (salvo Luis, por supuesto), y gritando, gritando cualquier cosa para sentir cómo mi voz se perdía entre los árboles, hacia el final, hacia la casa de Luis que estaba junto a la cerca (de gajos de limonero), en el límite mismo de Citerea con el mundo, es decir, con la finca vecina.*

Llega a la vinagrera a las siete y media, antes que los demás, cuando sólo el portero se le ha adelantado. Y abre la oficina que por pasarse la noche cerrada huele a tantas cosas desagradables, y resulta imposible entrar de

pronto, que hace falta esperar unos minutos para que el cuarto se ventile.

Está trabajando cerca de las ocho. Doblado sobre los grandes libros de cuentas, haciendo interminables columnas de números con la estilográfica *Parker* con punto de oro, regalo del Tío Fico cuando Poldo se graduó en el Candler College.

La oficina es uno de los pocos lugares ventilados de la vinagrera, gracias a la inmensa ventana que da al patio de Carmela. El patio es frondoso y tiene, como Citerea, todos los árboles posibles. Cada mañana Carmela y su hermana se pasean por el patio, discutiendo con tono suave: sólo se sabe que discuten por algunas palabras que escapan a veces.

La oficina es fea y sucia, despintada por la humedad y el vinagre, y con el olor agrio que se ha impregnado hasta en la caoba de los muebles. En una de las paredes se puede ver el retrato de Martí en Jamaica, y una banderita cubana bastante empolvada que cuelga de un clavo que a todas luces no fue clavado para la banderita. El buró enorme, Renacimiento español, tiene un cristal roto. Bajo el cristal, junto a un cartel que dice CONSUMIR LO QUE EL PAÍS PRODUCE ES HACER PATRIA, ha puesto Poldo una fotografía de Citerea. Sobre ella, un búcaro largo y estrecho, de un verde transparente, donde coloca la rosa blanca del rosal de la esquina. Las rosas enseguida se mustian: es demasiado fuerte el espíritu del vinagre.

A las ocho llegan los trabajadores. Se inicia el ir y venir incesantes, y el viejo caserón se anima con el ruido de las voces y las máquinas americanas (máquinas de hace más de cuarenta años). No obstante Poldo no se da cuenta de que la fábrica se ha animado hasta bastante entrada la mañana, hacia las diez quizá, cuando se yerque, estira los brazos, bosteza como si acabara de despertar luego de unos porcientos demasiado engorrosos, y